

# SEIS MANIJAS DE PLATA

35

G. HOMES



P<sub>7</sub>

COLECCION

*Rastros*

Humphrey Campbell, cinco días antes de su alistamiento, es persuadido para que se encargue de ayudar a un soldado con permiso al que se le acusa de asesinar al hombre que le había recogido en la carreta cuando hacía autoestop. Los temporeros de fruta de California, una colección de billetes robada y revendida, una esposa atractiva, todos enredan a Campbell, quien tiene que abrirse camino.

## CAPÍTULO I

**H**abía hecho mucho calor antes; pero alrededor de las tres de la tarde de ese lunes de agosto, el sol comenzó a calentar con furia, y el viento producía pequeños remolinos en las colinas parduscas. Uno de los remolinos llegó al camino real y siguió su marcha hacia un plantío de algodón.

Johnny Foster lo miró, comparándolo con un niño descalzo que jugara por los campos. No era mala la frase. Uno de esos días la usaría, cuando tuviera tiempo y deseos de escribir. Johnny Foster tenía 21 años de edad y era soldado raso del ejército. Estaba en uso de licencia, y la aprovechaba para visitar el Valle de San Joaquín.

Para Johnny era ésa la región de *Las uvas de la ira*, la región de John Steinbeck, una especie de santuario literario que todos los aspirantes a escritores debían visitar. No le molestaban ni el calor ni el polvo. No le importaba estar sentado al borde del camino esperando a que alguien le recogiera. Estaba sumido en sus reflexiones, cuando una voz le llamó:

—¡Eh, soldado!

Johnny levantó la vista. Un automóvil Cadillac estaba frente a él, y un hombre con la cabeza descubierta estaba sentado al volante.

—¿Le llevo? —preguntó el hombre.

—¡Cómo no! —repuso Johnny, ascendiendo al auto.

—Hace calor —comentó el hombre, retirando un portafolio del asiento. Se había quitado la americana y tenía las

mangas de la camisa arrolladas. Estaba empapado en transpiración. Era un individuo de baja estatura, fornido y con un vientre protuberante, y su cabello de color arena comenzaba a escasearle.

—¡Ya lo creo! —contestó Johnny—. ¿Alguna vez está más fresco en esta región?

—Debería usted venir en diciembre —dijo el hombre—. ¿Hacia dónde se dirige?

—A ningún sitio en especial.

—¿Dónde está su campamento?

—En San Fernando.

—Ese tampoco es un paraíso. ¿Infantería?

—Sí.

—Yo estaba en la marina —dijo el hombre. Calló un momento y luego agregó—: Dos meses solamente. Ni siquiera navegué en un bote. La primera semana me fracturé una pierna al caer por la escalera de un despacho de bebidas. ¿Le gusta la vida de soldado?

—Es agradable.

—¿Buena comida?

—Espléndida.

—Me llamo Hastings —dijo el hombre.

—Mi nombre es Johnny Foster.

El otro apartó una mano del volante y se la ofreció a Johnny.

—Puede llamarme Warren; es mi nombre de pila —dijo.

Tenía una sonrisa agradable y una voz profunda y alegre.

—¿Vive usted por aquí?

—En Joaquín.

—¿Dónde queda eso?

—A unas cien millas por el camino. Es un lindo pueblo. No tan caluroso como Bakersfield. En un par de horas se puede llegar hasta las colinas para gozar del fresco.

—Me gustan las colinas —dijo Johnny—. Yo me crié en una región montañosa.

—¿Dónde?

—En Danbury, Connecticut.

—Esas no son colinas.

—De todos modos, tienen árboles.

—¿Alguna vez vio un pino gigante?

—No.

—Entonces, no sabe lo que es un árbol.

—He oído hablar de ellos.

—No ha oído usted nada.

Hastings esquivó un camión cargado de caños, observó el velocímetro y amenguó la velocidad. Habían estado corriendo a sesenta millas por hora.

—Le diré una cosa. Tal vez mañana le pueda mostrar un pino gigante.

—Pues...

—¿Tiene alguna cosa que hacer?

—No..., no.

—Iremos en el auto hasta Yosemite —agregó Hastings—. No nos llevará más de un par de horas.

—Pero...

—¿Por qué no?

—Pues..., usted...

—Soy hombre libre —dijo Hastings—; pero tal vez usted no desee ver un pino gigante. Quizá le gustaría más ver un par de pelirrojas, ¿eh? Bien, también puedo arreglar eso.

—Prefiero árboles.

—Yo también. No se pueden tener dificultades con un árbol. Le diré lo que haremos. Usted puede alojarse esta noche en mi casa. Mañana veremos las montañas.

—Apuesto a que usted es nativo de estos lugares —dijo Johnny.

—Así es —repuso Hastings—. Nací en Sacramento; crie ovejas en Placer Country y anduve de juerga en Reno. Empecé un negocio de compraventa de objetos usados en Joaquín y míreme ahora. Estoy lleno de dinero.

—Perseverancia —comentó Johnny.

—Perspicacia. Solía caminar diez millas por la nieve para ir a la escuela. Ordeñaba. Trabajaba veintidós de las veinticuatro horas del día. Y..., tenía un tío rico enfermo del corazón.

Johnny rio entre dientes. No era mala persona su compañero. Decidió preguntarle algo.

—¿Leyó algo de Steinbeck?

—Hijo —repuso Hastings—. Me casé con una profesora. Tenía a Steinbeck para el desayuno, el almuerzo y la cena. Lo tragué hasta que me salió por las orejas. Me hizo tanto efecto que cada vez que veía un trabajador ambulante, me daban ganas de llorar. No hablemos de Steinbeck —le miró sonriendo y agregó—: Apuesto a que usted pensaba hacerse escritor.

—Todavía lo pienso.

Hastings sacudió la cabeza con gesto pesaroso.

—¿No le parece bien?

—Dije que mi esposa es profesora —dijo Hastings—. Enseña literatura en la escuela nacional. ¿No comprende usted lo que significa eso para un hombre?

De nuevo rio Johnny.

—¿Estudió usted? —preguntó Hastings.

—En Columbia.

—¿Se graduó?

—No. Me faltaba un año. Tal vez termine la carrera cuando acabe la guerra.

—¿Le incomoda... el ejército?

—A veces me siento muy solitario.

—No me extraña. ¿Tiene familia en el Este?

—Sí. Mamá, mi hermana y... —Johnny vaciló.

—Novia —terminó Hastings.

—Así es.

—¿En serio?

—Ya lo creo. Es...

—Hermosa —dijo Hastings—. Maravillosa. Yo soy un viejo agrio. Mi matrimonio no salió bien, pero todavía creo

en la ventaja de ser casado. Estoy seguro de que si uno encuentra a la mujer apropiada, el matrimonio es una gran cosa. Yo no la conseguí, o tal vez no era yo el hombre apropiado.

Johnny no supo qué decir, de manera que guardó silencio. Pensó en Nell; recordó la forma en que el cabello de su novia brillaba cuando lo herían los rayos del sol.

Hastings pareció presentir el estado de ánimo del joven. Estiró la mano y le apretó el brazo.

—Pronto terminará esta guerra —le dijo con voz suave.

—Sí —respondió Johnny.

—Y entonces tendrá muchos temas para escribir.

—Así lo espero.

—Tal vez le cuente yo un cuento que pueda escribir usted.

—Me gustaría mucho.

—Dije que tal vez.

—¿De qué se trata?

—De un vagabundo frutero —repuso Hastings—. Pero tal vez no sea un cuento agradable, de modo que será mejor que espere. Quizá me emborrache y se lo cuente. ¿Qué le parece? ¿Se queda conmigo o sigue su camino solitario?

Johnny lo pensó un momento. Observó los campos pintorescos y el sol radiante.

—Me gustaría quedarme —dijo al fin.

## CAPÍTULO II

Llegaron a una espaciosa casa de campo rodeada de palmeras. En los alrededores se extendía un amplio parque de verde césped, en medio del cual se veía una pileta de natación. Hastings detuvo el coche a la entrada y descendió.

—El negocio de compraventa debe ser muy bueno —dijo Johnny.

Se apeó del auto, extendió la mano y recogió su maleta. Hastings había dejado su portafolio en el asiento, de manera que Johnny lo recogió también. Parecía estar vacío.

—Tengo también una huerta y un viñedo —dijo Hastings.

—Entonces resulta usted todo un granjero.

—Nada puede hacer de mí un granjero —repuso Hastings mientras abría la puerta y le hacía pasar al hall.

Desde allí siguieron camino hacia el living-room.

—¿Dónde quiere que ponga esto? —preguntó Johnny, indicando el portafolio que llevaba en la mano.

—Arrójelo sobre el sofá.

Hastings miró a su alrededor con actitud de orgullo.

—Linda casa, ¿eh? En cuanto la vi, decidí comprarla.

—¿Hace mucho que la tiene?

—Dos meses. Vamos y le mostraré su habitación. Me figuro que le gustará darse una ducha o nadar en la pileta. Yo prepararé algo de beber.

—¿Vive aquí solo? —preguntó Johnny, mientras le seguía por las escaleras a un enorme dormitorio que daba so-

bre la terraza.

Había allí un lecho de cuatro pilares, y las paredes estaban adornadas con antiguos grabados de gran valor.

—Casi. Tengo al encargado de la propiedad y su esposa; ésta se encarga de la cocina. Por ahora están de viaje.

—Es una casa grandísima.

—Hijo —repuso Hastings—, cuando uno ha vivido en las pocilgas donde yo he vivido, no hay nada que lo satisfaga después. En forma repentina me vi lleno de dinero, de manera que me compré lo mejor que había.

Johnny miró por los cristales de las ventanas. Daban al este, y por entre los árboles podían verse los macizos de flores, los viñedos y, más allá, las altas montañas.

—¿Por qué la habrán vendido? —preguntó, sin darse cuenta de que hablaba en voz alta.

—Mataron a un muchacho —repuso Hastings—. Yo no le conocía ni a él ni a su familia. Compré la casa a un agente de propiedades. Al muchacho lo mataron en Pearl Harbor.

—¿Dónde está el baño? —preguntó Johnny bruscamente.

Hastings señaló una puerta.

—Allí. Le conseguiré un par de pantalones de baño.

—Gracias.

Hastings estaba sentado en el borde de la pileta cuando Johnny cruzó el prado. No faltaba mucho para que llegara la noche. El dueño de casa le señaló una mesa sobre la que había botellas y vasos.

—Gracias —le dijo Johnny—. Esperaré.

Se lanzó al agua y nadó un rato para refrescarse. La depresión que le abrumara al oír hablar del muchacho que murió en Pearl Harbor, había desaparecido. Pensó en su hermana June y sonrió. Tanto su madre como su hermana estaban ahora ocupadas en trabajos de guerra.

—¿Se ha quedado dormido en el agua? —le gritó Hastings.

Johnny despertó del ensueño producido por sus recuerdos y nadó hacia su anfitrión.

—Está linda el agua —dijo.

Hastings se encaminó a la mesa.

—¿Quiere un Martini?

—Bueno, pero no lo haga muy fuerte; no estoy acostumbrado a beber.

—Es hora de que se acostumbre —repuso el otro.

Hastings no escatimó los ingredientes. El Martini era doble y muy frío. El joven lo bebió de un trago y colocó el vaso sobre el suelo de mosaico. Hastings volvió a llenarlo.

—¿Alguna vez se siente solitario? —preguntó Johnny.

—Claro que sí. ¿Por qué cree que lo traje a casa, muchacho? Me gustan las fiestas; el único inconveniente es que hay que tener una excusa para darlas. Usted es mi excusa. Dentro de poco llamaré a varias personas y daremos una fiesta.

Johnny pensó que sería mejor comer algo primero. Al mediodía había comido sólo un emparedado.

—¿Qué festejaremos?

—Usted dirá —repuso el dueño de casa.

—La generosidad de su tío —sugirió Johnny.

—¿Qué tío?

—El que hizo posible todo esto. —Johnny indicó la casa y la pileta de natación.

—No es más que una ficción —dijo Hastings.

—¿No hay tal tío?

—No.

—Entonces festejaremos el éxito del negocio de compraventa.

Hastings elevó su vaso.

—A la salud de la compraventa.

—A los potes, cacerolas viejas y recipientes de desperdicios —dijo Johnny, bebiendo otro cocktail.

Hastings volvió a llenar los vasos.

—Beberemos también a la salud de la literatura —dijo.

—Creí que estaba usted aburrido de ella.

—Me estoy recobrando. Otra vez vuelvo al estado mental en el que estaba antes de que ella tratara de rescatarme.

—¿Es simpática?

—Hermosa —repuso Hastings—; pero no podía dejar el puntero en la escuela —hablaba en tono acerbo—. Ojalá que se arrepienta. Ojalá que lamente haberme dejado. Ojalá que desde el arroyo me vea lleno de dinero y que la envidia le corra el corazón.

Johnny pensó que su amigo estaba ebrio. Y él también. Se le ocurrió que deberían comer algo. Una niebla rosada le envolvía el cerebro, y se sentía lleno de vitalidad.

—Negociante en trastos viejos —decía Hastings—. Un estúpido comerciante de trapos, botellas y muebles arruinados. Hay que abandonarlo. Hay que irse. Pero, oye hijo, la engañé. Me hice rico. ¿Quieres que te cuente un cuento?

—Me gustaría mucho.

—Entonces no te lo contaré. No estoy lo suficientemente bebido. Tal vez seas un espía.

—Las espías son rubias.

—Te habrás teñido el cabello.

—Usan polleras y sedas —dijo Johnny—. Lo llenan a uno de bebidas alcohólicas.

—Es verdad.

—¿Hice yo eso?

—Por el contrario; lo hice yo.

—Entonces usted es el espía.

—Seguro —replicó Hastings—. Muy bien, le contaré un cuento. Había una vez un vagabundo frutero.<sup>[1]</sup>

—Steinbeck escribió ese cuento.

—No mencione a Steinbeck.

—Perdón; me olvidé.

—Ahora no se lo contaré.

Hastings vació la coctelera en el vaso de Johnny. El joven veía ahora tres Hastings y tres cocteleras. Estiró la ma-

no, y, al fin, logró dar con su vaso. Bebió y cerró los ojos.

—Vamos —dijo Hastings—. Llamaremos a la gente.

—Me gusta este lugar.

—Está bebido.

—Cansado, nada más —contestó Johnny.

Hastings lo levantó de un brazo y el joven abrió de nuevo los ojos.

—Necesita un trago —dijo el dueño de casa.

—Dos tragos.

Se acercaron a la mesa y Hastings preparó más cocktails.

—No más ginebra. La ginebra lo emborracha uno —comentó, mientras trabajaba con las botellas y vasos.

—Así es.

—El coñac ayuda a aclarar las ideas.

La niebla rosada se hacía cada vez más espesa, y Johnny veía ahora una innumerable cantidad de Hastings y mesas y piletas y árboles. Tragó el cocktail y cerró los ojos.

Recordó haberse acostado en un sofá. Luego tuvo la impresión de que sonaban timbres y se oían muchas voces. Una mujer se inclinó sobre él y le tocó la mejilla. Alguien le sacudió, y luego caminó por cuartos que parecían girar vertiginosamente; subió escalones, y luego se halló en la habitación que perteneciera al muchacho que murió en Pearl Harbor. Recordó que el mundo giraba a su alrededor con velocidad vertiginosa y más voces y después un grito agudo.

La luz del sol le cegó. Estaba echado y alguien le apretaba los ojos, y se oían de nuevo timbres y golpes ensordecedores.

—¡Jesús! —gimió Johnny—. ¡Oh, Jesús!

Sentía deseos de morir.

Los golpes continuaron. Los timbres siguieron sonando. Con mucha dificultad, Johnny se incorporó y abrió los ojos. Poco a poco pudo distinguir la habitación y recordó dónde se hallaba. Se llevó las manos a la cabeza y luego las apartó

para mirarlas con fijeza. Sangre. Tenía las manos llenas de sangre. Y había sangre en su pijama y en la sábana. Debía haber sangrado por la nariz durante el sueño.

—¡Abran! —gritó una voz.

Descendió de la cama y se dirigió a la terraza, y desde allí pudo ver la puerta de entrada. Dos hombres de uniforme se hallaban frente a la puerta, y no eran soldados. Eran policías.

Algo andaba mal. Algo andaba muy mal. Lo mejor sería despertar a Hastings y decirle que allí estaba la policía. Sólo que Hastings no estaba en ninguno de los dormitorios.

Johnny olvidó su dolor de cabeza y su náusea. Tenía que hallar a Hastings y decirle que estaba la policía. No estaba en el living-room ni en el comedor. ¿Pero qué era eso que había en el piso de la cocina?

Se detuvo en el umbral. Hastings yacía de cara en el suelo, cerca de la puerta de servicio, y a su lado había un trozo de caño de dos pulgadas de espesor. Había sangre en el caño y en el suelo, y había una horrible herida en la cabeza de Warren Hastings.

—La echaremos abajo —gritó una voz.

Johnny se miró las manos y el pijama. Estaba lleno de sangre, y allí había un hombre muerto. ¿Qué había hecho?... ¡Oh, Dios mío!... ¿Qué había hecho?...

Un pánico ciego se apoderó de él. No debían encontrarle allí. Corrió hacia el living-room. Abrió una ventana y salió al exterior, movido por un terrible horror, sin pensar, sin poder hacer uso de sus facultades mentales, sabiendo sólo que debía alejarse de ese horrible lugar. Cruzó el prado a todo correr y entró en el garaje. Abrió las puertas de par en par. Las llaves estaban en el tablero de instrumentos. El motor rugió. Luego el enorme coche salió del garaje y se lanzó como una flecha por el camino.

Pero había una obstrucción. Era un auto parado en el camino. Johnny hizo virar el volante con todas sus fuerzas, y un árbol pareció echársele encima. Cerró los ojos.

## CAPÍTULO III

**E**l lunes por la mañana, Bonnie West levantó la vista del magazine que estaba leyendo, para mirar la puerta que se abría; luego una sonrisa le iluminó el rostro.

La señorita West era la secretaria de Humphrey Campbell, investigador particular.

—Sin uniforme —dijo la señorita West, sonriéndole al hombre que acababa de entrar. Humphrey Campbell era un individuo fornido y de elevada estatura. Tenía treinta y siete años, y de acuerdo con la opinión de los médicos del ejército, sería un soldado excelente.

—¿Me echó de menos? —preguntó Humphrey.

—Terriblemente —repuso Bonnie—; pero ¿y el uniforme?

—No me sienta bien —dijo Humphrey—. Total, es posible que me canse de él.

—¿Fue malo?

—No fue bueno.

—¿Le pusieron inyecciones?

—Eso vendrá más tarde —replicó Humphrey—. Todo lo que hicieron fue aceptarme. Luego me dijeron que podía tomar unas cortas vacaciones.

—Debió usted haberse ofrecido de voluntario —dijo entonces Bonnie—. Tal vez hubiera podido alistarse de oficial en la armada.

—Odio el mar —repuso Campbell—. Quería ser soldado raso, y eso es lo que soy. ¿Ha ocurrido algo?

—Un asesinato —dijo Bonnie.

—¿Cuándo?

—¿No leyó los diarios?

—No he tenido tiempo.

—El lunes por la noche. Mataron a un hombre llamado Hastings.

La mujer esperó para ver la reacción que le producía el nombre. Él le hizo una mueca.

—Supongo que habrá estado usted tratando de mejorar el negocio. No lo haga. No me interesan los crímenes. Me voy de pesca.

—Hastings —repitió Bonnie.

—¿Y qué?

—¿No recuerda? El negociante de compraventa que vino aquí en el mes de marzo. El que quería que usted siguiera a su esposa.

—¿Su mujer le mató?

Bonnie sacudió la cabeza.

—Fue un soldado —su voz se suavizó—. Un muchacho muy buen mozo. La policía dice que él es el culpable, pero yo no lo creo. No...

—Un minuto —la interrumpió Humphrey—. No tomaré el caso. No me importa el soldado. Me voy de pesca.

—Nadie le ha pedido que lo tome —dijo Bonnie algo ofendida.

—Pues ocúpese de que no lo hagan.

Humphrey se dirigió hacia su oficina privada.

—Yo creí... —comenzó Bonnie.

—¡Vamos, vamos!

—Pero el hecho de que Hastings viniera aquí para que usted siguiese a su esposa... creí...

—No, no, no.

—Está bien.

—¿Ocurrió algo más?

—El señor Moise le llamó.

—¿Moise?